



www.loqueleo.com/ec

© 1946, Miguel Ángel Asturias

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347. Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460. Guayaquil, Ecuador

Adaptación: Eduardo Theirs Whitton

Dirección y coordinación del proyecto: Aurora Martín de Santa Olalla

Actividades: Lidia Lozano

Edición: Mercedes Fontecha, M.ª Antonia Oliva

Dirección de arte: José Crespo

Proyecto gráfico: Carrió/Sánchez/Lacasta

Ilustración: Jorge Fabián González

Jefa de proyecto: Rosa Marín

Coordinación de ilustración: Carlos Aguilera

Jefe de desarrollo de proyecto: Javier Tejeda

Desarrollo gráfico: Rosa Barriga, José Luis García, Raúl de Andrés

Dirección técnica: Ángel García

Coordinación técnica: Lourdes Román

Confección y montaje: María Delgado, Antonio Díaz

Cartografía: José Luis Gil, Belén Hernández, José Manuel Solano

Corrección: Gerardo Z. García, Nuria del Peso, Cristina Durán

Documentación y selección de fotografías: Mercedes Barcenilla

Fotografías: F. Díaz; Fotononstop; Highres Press Stock/Ablestock.com;

Seis X Seis; Archivo Santillana

Edición en Ecuador

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Naranjo

Coordinación editorial: María Gabriela Tamariz

Diagramación: Sandra Corrales

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diseño de cubierta: Paola Karolys y Gabriel Karolys

ISBN: 978-9942-31-104-7

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

EL SEÑOR PRESIDENTE

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS
Prohibida su venta



ADAPTACIÓN

Índice



Nota del editor.....	9
CAPÍTULO I	
En el Portal del Señor.....	13
CAPÍTULO II	
La muerte del ciego.....	17
CAPÍTULO III	
La fuga del Pelele.....	21
CAPÍTULO IV	
¡Ese animal!.....	25
CAPÍTULO V	
La cabeza de un general.....	27
CAPÍTULO VI	
El perdón del obispo.....	35
CAPÍTULO VII	
Príncipes del ejército.....	39
CAPÍTULO VIII	
El rapto.....	43
CAPÍTULO IX	
En el mesón.....	47
CAPÍTULO X	
Tíos y tías.....	51
CAPÍTULO XI	
Amor que trae males.....	55

Nota del editor



Conociendo a los grandes autores es una colección de adaptaciones de obras de los máximos representantes de la literatura clásica y contemporánea. Son textos cuyo estilo y extensión han sido trabajados para facilitar la comprensión de las historias. Sus títulos pertenecen a listas de lectura recomendadas por programas de estudio como Bachillerato Internacional y su objetivo es que los estudiantes de Educación General Básica se aproximen de una forma amigable a los autores cuyas obras completas estudiarán en el Bachillerato.

9

CAPÍTULO XII	
Toquidos.....	61
CAPÍTULO XIII	
Unas manos peligrosas.....	65
CAPÍTULO XIV	
Perros del mismo pelo.....	67
CAPÍTULO XV	
Cambio de cara.....	71
CAPÍTULO XVI	
Informe al Señor Presidente.....	75
CAPÍTULO XVII	
Los pasos de la muerte.....	79
CAPÍTULO XVIII	
En camino hacia la frontera.....	83
CAPÍTULO XIX	
Matrimonio de última hora.....	89
CAPÍTULO XX	
El Señor Presidente.....	91
CAPÍTULO XXI	
Luz para ciegos.....	97
CAPÍTULO XXII	
Luces y sombras.....	101
CAPÍTULO XXIII	
La revolución.....	107
CAPÍTULO XXIV	
Una orden oficial.....	109
CAPÍTULO XXV	
El viaje.....	113
CAPÍTULO XXVI	
Gallina ciega.....	119
CAPÍTULO XXVII	
Desaparecido.....	123
EPÍLOGO	129
Cuaderno de estudio.....	131

Miguel Ángel Asturias

Nació en Ciudad de Guatemala, en 1899. Tras licenciarse en Derecho, viajó a París donde entró en contacto con Picasso, Braque, Vallejo, Unamuno, Carpentier, Pellicer, Valéry y los poetas surrealistas franceses. De ahí que se le atribuye la introducción de muchas características del estilo modernista a la literatura latinoamericana.



Entre la actividad diplomática y la práctica literaria, a las que dedicó su vida, Asturias mantuvo siempre un firme compromiso con las libertades, y defendió su intención social con toda valentía. Sus obras, *Leyendas de Guatemala* (1930), *Hombres de maíz* (1949), *El Papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960), entre otras muchas, recogen, con un lenguaje exuberante y lleno de lirismo, los temas de la realidad americana: las costumbres de los primeros habitantes de Guatemala (los mayas), las terribles consecuencias de los monopolios comerciales sobre la vida indígena y la denuncia de las dictaduras latinoamericanas.

Como consecuencia de su labor, tanto política como literaria, en 1966 recibió el Premio Lenin de la Paz y al año siguiente, el Premio Nobel de Literatura.

Falleció en Madrid, en 1974.

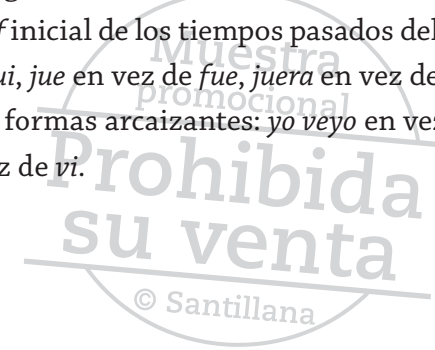
El Señor Presidente, publicada en 1946 e inspirada en la figura del dictador guatemalteco Estrada Cabrera, es la novela de la deformación satírica del poder político. Caricatura, burla y poesía se confunden en la obra para hacer de cualquiera de las dictaduras americanas todo un símbolo universal.

La lengua en *El Señor Presidente*

Esta obra recoge la forma de hablar de algunos países de América. A nivel léxico, el autor emplea términos para representar la voz o las expresiones de varios personajes, con estas características:

- Pérdida de la *d* final: *verdá, usté, paré, autoridá*.
- Pérdida de la *r* intervocálica: *pa* en vez de *para*.
- Apócope ante una vocal: *de acún rato* por *de acá a un rato*.

- Paso de *e* átona a *i* por vacilación del timbre de la vocal: *sigún* en vez de *según*, *siñor* en vez de *señor*.
- Aspiración de la *f* inicial de los tiempos pasados del verbo *ir*: *jui* en vez de *fui*, *jue* en vez de *fue*, *juera* en vez de *fuera*.
- Conservación de formas arcaizantes: *yo veyo* en vez de *yo veo*, *yo vide* en vez de *vi*.



CAPÍTULO I

En el Portal del Señor



Los mendigos se arrastraban por los alrededores del mercado, perdidos en la sombra de la catedral helada, de paso hacia la plaza de Armas.

La noche los reunía al mismo tiempo que a las estrellas. Se juntaban a dormir en el Portal del Señor sin más razón que ser los más pobres. Se acostaban separados, sin quitarse la ropa, y dormían como ladrones, con la cabeza sobre la bolsa de sus riquezas: restos de carne, zapatos rotos, montoncitos de arroz cocido envueltos en periódicos viejos.

En las escaleras del portal se los veía, protegidos por la pared, contar el dinero, hablar a solas y comerse a escondidas trozos de pan duro. No se supo nunca que se ayudaran entre ellos; tacaños, como todo mendigo, preferían dar los restos a los animales antes que a sus propios compañeros.

Después de haber comido, y con el dinero en un pañuelo atado al cinturón, se tiraban al suelo y caían en sueños tristes y violentos. A veces, cuando mejor estaban, los despertaban los gritos de un idiota que se sentía perdido en la plaza de Armas. A veces, los pasos de los policías que, a golpes, arrastraban a un preso político, seguido de mujeres que limpiaban los rastros de sangre con los pañuelos mojados

en lágrimas. Pero el grito del idiota era el más triste. Partía el cielo. Era un grito largo, sin nada de humano.

Los domingos caía en medio de aquella sociedad extraña un borracho que, dormido, llamaba a su madre llorando como un niño. Al oír el idiota la palabra «madre», se ponía de pie, volvía a mirar a todos los rincones del portal y después de despertarse bien y de despertar a los demás con sus gritos, lloraba de miedo juntando sus lágrimas a las del borracho.

14 Uno de los mendigos, grosero y bruto, empezó algunas noches a hacer lo mismo que el borracho. El Pelele¹ —así llamaban al idiota—, que dormido parecía estar muerto, volvía a la vida a cada grito sin fijarse en los bultos envueltos por el suelo en pedazos de manta que, al verlo medio loco, repartían palabras de mal gusto y risas horribles. Con la mirada lejos de las feas caras de sus compañeros, sin ver nada, sin oír nada, cansado de llorar, se quedaba dormido. Pero, otra vez, la voz desagradable lo despertaba:

—¡Madre!...

Contado por los mendigos, toda la gente del pueblo supo que el Pelele se volvía loco al oír hablar de su madre. Calles, plazas y mercados recorría el idiota queriendo escapar de aquellos que a todas horas le gritaban la palabra «madre». Entraba en las casas en busca de refugio, pero de las casas lo sacaban los perros o los criados. Lo echaban de las iglesias, de las tiendas, de todas partes, sin considerar su terrible dolor de animal herido ni sus ojos que pedían perdón.

1 El Pelele: nombre que el autor da al idiota a partir de *pelele* (*m.*), que es un muñeco con figura de hombre, hecho de trapo o paja y que en algunas fiestas populares es golpeado, quemado o lanzado por los aires.

De uno de los barrios pobres, subió el Pelele hacia el Portal del Señor un día como hoy, herido en la frente, sin sombrero, arrastrando un trapo viejo que le colgaron por detrás. Le asustaban las sombras en las paredes, los pasos de los perros, las hojas que caían de los árboles. Cuando llegó, casi de noche, los mendigos contaban una y otra vez las monedas del día. El idiota cayó medio muerto; llevaba noches y noches de no poder dormir, días y días de escapar de todo el mundo. Los mendigos callaban, atentos a los pasos de los policías que, en las ventanas de la cárcel, protegían la paz del Presidente de la República.

Por el Portal del Señor surgió una sombra. Los mendigos se agacharon hasta hacerse tan pequeños como insectos. Al ruido de las botas militares respondía el grito de un pájaro en la noche oscura.

La sombra se detuvo —la risa le tapaba la cara—, acercándose al idiota y, en broma, le gritó:

—¡Madre!

No dijo más. Arrancado del suelo por el grito, el Pelele se le echó encima. Y, sin darle tiempo a usar sus armas, le enterró los dedos en los ojos y lo golpeó brutalmente hasta dejarlo tirado en el suelo.

Una fuerza ciega acababa de quitar la vida al coronel José Parrales Sonriente. Estaba amaneciendo.

CAPÍTULO II

La muerte del ciego



17

El sol bañaba los tejados de la comisaría de Policía. Pasaban por la calle algunas personas y se veía alguna puerta abierta. Los mendigos que llevaban presos pasaban directamente a una de «Las Tres Marías», una bartolina² estrechísima y oscura; llegaban allí, donde muchos otros habían sufrido hambre y sed hasta la muerte. Las lágrimas les caían por la cara y sentían que la oscuridad no se les iba a quitar nunca más de los ojos.

Quién sabe a qué hora los sacaron del cuarto. Se trataba de resolver un crimen político, según les dijo un hombre gordo, de bigotes cuidados sobre los labios gruesos. Con voz enérgica les preguntó si alguno de ellos conocía al culpable o culpables de la muerte de un coronel del ejército.

La respuesta increíble de los mendigos hizo saltar de su asiento al auditor de guerra³.

—¡Me van a decir la verdad! —gritó con mirada de animal agresivo, después de dar un puñetazo sobre la mesa.

2 bartolina (*f.*): cuarto estrecho, oscuro e incómodo en una cárcel.

3 auditor de guerra (*m.*): funcionario que en un tribunal militar interpreta y aplica las leyes del ejército.

Uno por uno repitieron aquellos que el culpable del crimen del Portal del Señor era el Pelele, contando con voz débil los detalles de los que habían sido testigos.

A una orden del auditor, los policías que esperaban en la puerta corrieron a golpear a los mendigos, empujándolos hacia una sala vacía. Del techo, bastante escondida, colgaba una larga cuerda.

—¡Fue el idiota! —gritaba el primero que sufría los terribles dolores, queriendo escapar de aquello con la verdad.

—¡Eso les aconsejaron que me dijeran, pero conmigo no valen mentiras! ¡La verdad o la muerte! ¡Entérese, entérese ya, si no lo sabe!

La voz del auditor se perdía como un río de sangre por el oído del pobre mendigo, quien, colgado de los pulgares, no dejaba de gritar.

—¡Fue el idiota! ¡El idiota fue! ¡Ese Pelele! ¡El Pelele! ¡Ese! ¡Ese!

—¡Mentira...! —afirmó el auditor—. ¡Mentira...! Yo le voy a decir, a ver si se atreve a negarlo, quiénes son los asesinos del coronel José Parrales Sonriente; yo se lo voy a decir... ¡El general Eusebio Canales y el abogado Abel Carvajal!

A sus palabras siguió un silencio helado; luego una queja, otra queja más y por último un sí... Al soltar la cuerda, el mendigo cayó al suelo con un horrible golpe. Más tarde les preguntaron a sus compañeros, que temblaban como perros perseguidos, y todos contestaron que sí, que así era, menos el ciego. Lo colgaron de los dedos porque aseguraba desde el suelo que sus compañeros mentían al echar la culpa a

personas inocentes de un crimen del que solo se podía acusar al idiota.

—¿Cómo se atreve usted a decir que un idiota pueda ser culpable? —preguntó el auditor.

—¡Hay que fajarlo⁴! —propuso un policía con voz de mujer.

—¡Diga la verdad! —gritó el auditor, cuando los golpes caían sobre el ciego—. ¡La verdad, o se está ahí colgado toda la noche!

—¿No ve que soy ciego?

—¡Es ciego, pero oye! Niegue entonces que fue el idiota...

—¡No, porque esa es la verdad y yo no soy un cobarde!

—¡Imbécil!

La voz del auditor de guerra se perdió en los oídos del hombre, que ya no oiría más. Al soltar la cuerda, el cuerpo del ciego cayó al suelo como un saco de arena.

—¡Viejo mentiroso, de nada hubiera servido su palabra porque era ciego! —afirmó al pasar junto al muerto.

Y corrió a informar al Señor Presidente de las respuestas que habían dado los mendigos. La policía sacó el cuerpo del ciego en un carro de basuras que se alejó con dirección al cementerio. Empezaban a cantar los gallos. Los mendigos en libertad volvían a las calles.

4 fajar: pegar o golpear a alguien.

CAPÍTULO III

La fuga del Pelele



El Pelele escapó por las calles de los barrios pobres de la ciudad, sin romper con sus gritos el sueño de los habitantes, tan iguales en el espejo de la muerte como distintos en la lucha de cada día bajo el sol. Unos sin lo necesario, obligados a vender su sudor para ganarse el pan, y otros con todo en exceso: amigos del Señor Presidente, propietarios de casas, mesones, indios, fábricas y periódicos.

21

Medio en la realidad, medio en el sueño, corría el Pelele perseguido por los perros y por los cuchillos de una lluvia fina. Corría sin saber hacia dónde, con la boca abierta, la lengua fuera y los brazos en alto. En las afueras, donde la ciudad escapa de sí misma, como quien por fin llega a su cama, cayó en un montón de basura y se quedó dormido. Los zopilotes⁵, pájaros negros, que esperaban sobre los árboles, al verlo quieto, lo rodearon agresivos. El Pelele se despertó de pie, defendiéndose ya... Uno de los más atrevidos le había herido en el labio superior y otros se peleaban por el corazón y los ojos. El Pelele cayó dando vueltas por un monte de basura y allí quedó,

5 zopilote (*m.*): tipo de pájaro americano que se alimenta de animales muertos.

cubierto de papeles, cajas rotas, zapatos viejos y otros mil restos de la ciudad.

El idiota luchaba en sus sueños con la sombra del zopilote que sentía encima y con el dolor de una pierna que se había roto al caer. La noche entera estuvo quejándose como perro herido.

—...Ay, ay, ay... Ay, ay, ay...

¡INRIIdiota⁶! ¡INRIIdiota!

La fiebre golpeaba la cabeza del idiota con una tormenta de recuerdos e ideas fantásticas.

—¡Madre!

El grito del borracho lo hería.

Viajaba de un lado a otro, de cielo en cielo, medio despierto, medio dormido, entre bocas pequeñas y grandes, con dientes y sin dientes, que le gritaban: «¡Madre! ¡Madre!».

—¡Madre! Un grito..., un salto..., un hombre..., la noche..., la lucha..., la muerte..., la sangre..., la fuga..., el idiota...

Y luego su madre, los sueños que descansan... El Pelele levantó la cabeza y, sin decir, dijo:

—¡Perdón, ñañola⁷, perdón!

Y la sombra que, en sus sueños, le pasaba la mano por la cara respondió a su dolor:

—¡Perdón, hijo, perdón!

—¡Ñañola, me duele el alma!

6 INRIIdiota: forma inventada por el autor para expresar el sufrimiento del mendigo comparándolo con el de Jesucristo en el momento de su muerte. INRI (iniciales de *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*) es la inscripción latina que por burla se colocó en la cruz de Cristo.

7 ñañola (*f.*): mamá, mamaíta, en lengua coloquial.

Y la sombra que le pasaba la mano por la cara cariñoteando⁸ respondió a su queja:

—¡Hijo, me duele el alma!

Pero la felicidad dura lo que una tormenta con sol. Por un camino de tierra color de leche que se perdía entre las basuras, bajó un campesino seguido de su perro. Miraba asustado. Sentía que había alguien allí, escondido. En seguida, el perro corrió hacia donde estaba el Pelele. El miedo llenó de frío el corazón del campesino. Se acercó paso a paso para ver quién era el muerto. Cuando tiró de un pie, se encontró con la sorpresa de que estaba vivo. Los gritos horribles del idiota se confundieron con los del perro rompiendo el silencio de la madrugada.

Los pasos de alguien que andaba por allí, en un bosque cercano de pinos y guayabos viejos, terminaron de poner nervioso al campesino. Si fuera un policía... Pensó en salir corriendo. Pero escapar era como admitir una culpa que no tenía... Y volviéndose al herido:

—¡Preste, no tenga miedo, no grite, que no le estoy haciendo nada malo! ¡Ay, Dios! ¡Casi lo matan! Pasé por aquí, lo vide botado entre la basura y...

—Vi que lo levantabas —dijo una voz a sus espaldas— y vine porque creí que era algún conocido; saquémoslo de aquí.

El campesino volvió la cabeza y por poco se cae del susto. El que le hablaba era un ángel: su cara, su pelo rubio, sus ropas elegantes no parecían de este mundo.

—¡Un ángel... —el campesino no separaba sus ojos de él—, un ángel —se repetía—..., un ángel!

8 cariñoteando: forma de gerundio del supuesto verbo *cariñotear* (*inf.*), inventado por el autor, y que significa 'haciendo las cosas con cariño'.

CAPÍTULO IV

¡Ese animal!



24

—Se ve por su traje que es un pobrecito —dijo el que acababa de llegar—. ¡Qué triste cosa es ser pobre!

—Sigún se mire. Véame a mí; soy bien pobre. Mi vida es el trabajo, mi mujer y mi casa; y no encuentro triste mi suerte —respondió el campesino, como medio dormido, para ganarse la amistad del ángel, quien podía convertirlo, con solo querer, en un rey.

—¡Curioso! —observó el que acababa de llegar.

El herido sufrió mucho subiendo el camino, cada vez más difícil. Los árboles iban y venían en sus ojos de enfermo.

—¿Quién le pegaría a este pobre hombre? —dijo el campesino, para empezar otra vez la conversación.

—Nunca falta...

—Verdá que hay gente para todo... A este sí que... lo tiraron ahí como a un mal bicho: un navajazo en la boca y a la basura.

El viento corría ligero desde la ciudad al campo. El extraño miró su reloj y se marchó deprisa, después de echar unas monedas en el bolsillo del idiota y despedirse del campesino amablemente.

Este abandonó al herido al llegar a las primeras casas, aunque antes le dijo por dónde se iba al hospital. El Pelele abrió los ojos buscando algo que le quitara sus dolores, pero su mirada alcanzó solo las puertas cerradas de la calle vacía.

25

Con voz dura y enérgica, gritó el Presidente de la República:

—¿Dónde está «ese animal»? ¡Que venga «ese animal»!

De una mesita que estaba en un rincón se levantó el secretario y pasó a la sala del Presidente.

Sobre la ciudad caía un atardecer de color naranja mientras, en palacio, el Presidente firmaba documentos ayudado por el viejecito que entró al oír que llamaban a «ese animal».

«Ese animal» era un hombre pobremente vestido, con el pelo de oro de mala calidad, y los ojos azules perdidos detrás de unos anteojos marrones.

El Presidente puso la última firma y el viejecito, por secarla deprisa, manchó todo el documento.

—¡Animal!

Llamó el Presidente una vez..., otra..., otra. Se oyeron pasos militares y un ayudante se presentó en la puerta.

—¡General, que le den doscientos golpes a este, ya mismo! —gritó el Presidente; y pasó en seguida a sus habitaciones personales. La comida estaba puesta.

A «ese animal» se le llenaron los ojos de lágrimas. No habló porque no pudo y porque sabía que era inútil pedir